

IN MEMORIAM
MARÍA CRISTINA NAVAJAS URBINA
(1946-2003)

Una treintena de años ha pasado desde que la figura de María Cristina Navajas comenzó a ser el sello de identidad en nuestra Facultad de Derecho, y de tal manera se han llegado a compenetrar persona y corporación, que cuesta trabajo siquiera imaginar una sin otra. Espíritus señeros hay que se nos presentan como símbolos de una institución, y es este rasgo una rara virtud que solo de tarde en tarde aparece. Emblema vivo de la Facultad fue, en su momento fundacional, don José Clemente Fabres, su primer Decano, jurista eminente, modelo de ciencia, vida y generosidad; también don Pedro Lira Urquieta, durante la etapa de consolidación: María Cristina es heredera de esa tradición y parece hecha de la misma madera que esos próceres, por cuanto sobresalió como el quicio en torno al cual giraba todo el quehacer académico, y fue en grandísima medida madre de alumnos y hermana mayor de profesores, no solo los jóvenes, sino inclusive de tantos ante quienes, como respecto de mí mismo, cedía en años pero no en madurez y aplomo.

Ingresa a la Facultad como alumna de primer curso el año 1964 y se licencia en 1969, manteniéndose siempre en la primera línea de la actividad estudiantil. Desde 1971 asume tareas docentes, al principio como ayudante, luego como Instructora en Derecho Penal, y desde ahí recorre el escalafón académico. Para este Comité Editorial de nuestra Revista es nota de orgullo que María Cristina haya ocupado el cargo de Secretaria Ejecutiva entre los años 1974 y 1975, y cuando en 1985 asume la Secretaría Académica de la Facultad, ya acumulaba sobre su experiencia una larga y rica historia en el Departamento de Licenciaturas, la subdirección de Docencia y la de Asuntos Estudiantiles. A nadie extrañó que en el año 2000 fuera propuesta y elegida Decana, ya que conocía como ninguna otra persona la vida, el funcionamiento y las intimidades de la Facultad: su nombre parecía obvio para el cargo, en cuanto dechado de valía, talento, experiencia y adhesión unánime.

En su trabajo como profesora de Derecho Penal, se mantuvo siempre resguardada, y un crítico superficial podría anotar que no figuran en su expediente académico ponencias brillan-



tes ante congresos de notables ni publicaciones polémicas o revolucionarias: es este un recato que proviene de una modestia sincera no proclamada sino practicada día a día pues dotes no le faltaban, como lo demostró en una publicación temprana sobre las Atenuantes Emocionales, pero prefirió el camino más difícil y recóndito del magisterio de la vida, y estaba adornada para ello de una sólida cultura humanística, por lo que la claridad intelectual de sus principios éticos hizo de ella consejera invariablemente certera y persuasiva en el mejor sentido: no conocía dobleces y su palabra, recia pero no áspera, respondía al pensamiento, aunque no deambulaba por el mundo blasonando de esa condición. Como verdadera maestra (*magistra* = la que más), renunció a todo oropel y se hizo ministra (la que menos, la sirvienta), dedicando su vida al servicio administrativo de cuantos componemos la Facultad: yo fui testigo personal de sus zozobras el día que el Comité de Búsqueda le comunicó su designación como candidata a Decana.

En el silencio de sus momentos de ocio leía a los mejores clásicos, como Gracián y Quevedo y se complacía en los poemas de San Juan de la Cruz: ignoro si sería asidua de Teresa de Ávila, pero hubo de serlo, ya que su personalidad parecía en tantos aspectos calcada de aquella santa que encontraba a Dios entre ollas y fogones, es decir, en las cosas sencillas del deber cotidiano. María Cristina lleva impresa en su alma toda la historia de la estirpe y la cultura; de ahí su fuerza y cordialidad honda y concreta, que sabe regalar quien aprecia la buena comida y el buen vino; no es un alma sin raíces, ubicua, etérea, vagabunda; no es un clavel del aire que se traslada dondequiera y brota en flores hermosas, pero efímeras e inodoras; es más bien un olivo añoso o –para rendir homenaje a la tierra de sus antepasados– una cepa que hunde en lo profundo del hogar y extrae de él los mejores jugos: con ellos ha fabricado frutos semejantes a la vid y el olivo, madres de los más nobles bálsamos que ha sabido producir la cultura humana.

FRANCISCO SAMPER POLO